
POEMAS.

EN EL CIRCO.

(Fragmentos de un Poema.)

EN EL CIRCO.

*Corpora Sanctorum in pace sepulta sunt :
et vivent nomina eorum in æternum.*

OFFIC. AECLES.

I.

Como una roca gigantesca empina
el Circo de Nerón la frente oscura
a coronar la plácida colina
donde el César divierte su locura.

No finge ya la lumbre del Poniente
vasto incendio de cúpulas lejanas :
han bajado las sombras lentamente
a cobijar las águilas romanas.

Gasas de claridad amarillenta
la luna tiende por el Circo mudo,
de pálido matiz un friso argenta,
pone toques de luz sobre un escudo ;

en el árido polvo del combate,
donde reposa la falange inerte,
como una lluvia de piedad se abate
y acaricia los siervos de la Muerte,

que a deleitar del pueblo los antojos
y del César los bárbaros sentidos,
fueron — en el azul puestos los ojos —
cual rubio trigo del Señor, ¡ molidos !

Allí, bajo la saña de las fieras,
la doncella simpar, el blondo niño
confundieron rizadas cabelleras
y frescas manos de color de armiño:

¿quién los conocerá? De sus bellezas
no queda rastro: zarpas de leones
deshojaron la flor de sus cabezas,
y el cuervo devoró sus corazones.

Ellos, sobre las húmedas arenas,
sin un ¡ay! de dolor que les denigre,
entregaron sus carnes a las hienas,
al taimado chacal y al ágil tigre

que meneando la felpuda cola
divagan entre lívidos despojos,
bajo el rayo lunar que tornasola
la hirsuta piel de sus hocicos rojos.

¡Cómo se desperezan anhelantes,
cansados de matar, en sangre tintos!
¡cómo bullen sus ojos coruscantes!
¡cómo afilan sus garras en los plintos!

Vierte la herida cálidos torrentes
de savia que los urge, los provoca:
relámpago de esmalte son sus dientes
¡albo joyel de la purpúrea boca!...

* * *

Gasas de claridad amarillenta
la luna tiende por el Circo mudo,
de pálido matiz un friso argenta,
pone toques de luz sobre un escudo,

y en el árido polvo del combate
donde reposa la falange inerte,
como una lluvia de piedad se abate
y acaricia los siervos de la Muerte...

.....
Como cisnes alígeros que el vuelo
gusten posar en lóbrega barranca,
súbito al Circo descendió del Cielo
una falange luminosa y blanca:

a sus vuelos, filosa dentadura
mostró un chacal y preparóse listo
a destrizar la cándida figura
de los esbeltos ángeles de Cristo,

que apagando las alas refulgentes,
con un mirar de dioses afligidos
inclinaron el ampo de sus frentes
¡para besar los mártires caídos!...

IV.

Duermes, Nerón, en tu Palacio. El Tibre
bate sobre el peñón su onda revuelta...
Duermes, Nerón, en tu Palacio. Libre
vives, ¡oh Furia coronada y suelta!

Pasto de tu furor, romano y libio
humedecen en sangre las arenas,
y entre su baño perfumado y tibio
te da Petronio el jugo de sus venas.

A los arrullos de tu blanda orquesta
riges, vinoso, con sedeñas bridas
tu carro de marfil por la floresta
que esclareces con carnes encendidas;

y del tallado torreón que asoma,
coronado de musgos y retamas,
contemplas cómo se deshace Roma
en un piélagó cárdeno de llamas:

das al aura tu dáctilo severo
o los sonidos de tu roja flauta,
y recitas exámetros de Homero
sobre el pavor de la ciudad incauta;

si derramas el ánfora sangrienta
en los festines del Palacio de Oro,
para limpiar el lodo de tu afrenta
te arrulla de lisonjas dulce coro.

Y en el silencio de la noche adusta
acaricias las sierpes de tu seno,
¡o ensayas en presencia de Locusta
el zumo roedor de su veneno!

¡Triunfan tus modos en la griega danza!
pides lauros de histrión y de poeta,
¡en el carro triunfal que nadie alcanza
partes cantando á conquistar la meta!

Y al furioso rodar de la cuadriga,
que lleva con fragor tu mole hercúlea,
como a dios, como a bardo, como a auriga
te da sus himnos la Ciudad Romúlea...

En los blandos plumones del triclinio
te sorprendes, ¡oh nieto de la Loba!
con el hórrido acento de exterminio
que a las delicias del amor te roba:

¡Te han vencido, Nerón! Sobre tu solio
como un alud la Galia se desploma;
¡de las cimas del viejo Capitolio
han volado las águilas de Roma!

Huyes... En alto vengador acero,
pisan tus huellas ávidos tropeles,
van a herirte y exclamas con Homero:
“ya escucho el galopar de sus corceles.”

¡Sabes morir como el artista sabe!
al desaparecer del Universo,
antes que el ritmo de tu voz acabe
¡amas de Helenia recordar un verso!

¡Vencido y muerto estás! En el Teatro
mil doncellas matizan las coronas
para tu sien. El loco Anfiteatro
te espera con sus jaulas de leonas!

Esas venas que abrieron a raudales
tus arrebatos de furor no visto,
fecundaron los místicos rosales
¡de los nimbados mártires de Cristo!

Te ha vencido la tímida figura
que en el sangriento fondo del estadio
burló con risa angelical y pura
los filos tajadores de tu gladio!

Ella, la virgen de menudo porte
y azules ojos de mirar risueño,
traída de los ámbitos del Norte
para festín del sanguinario dueño,

buscó la cruz, oró sobre las tumbas
de Saulo, de Simón y de Evaristo,
y en la noche de negras catacumbas
dijo frases de amor a Jesucristo.

Siguiendo en pos de la legión proscripta
contempló dibujar con ruda mano
sobre la tosca piedra de la cripta,
la paloma, o el pez, o el Oceáno,

que pregonan, cual símbolos del Cielo,
inocencia, piedad, sabiduría:
todo cuanto de aquí levanta el vuelo
en busca de quietud o de armonía.

¡Se dobló bajo el hacha como un lirio!
y con dulce balido lastimero,
sobre la tibia sangre del martirio
¡llegó a balar el pálido Cordero!

¡Oh huestes de sangrientos justadores!
contra el rudo molar de los felinos
rompisteis vuestra cárcel de dolores
¡para beber los hálitos divinos!...

* * *

Gasas de claridad amarillenta
la luna tiende por el Circo mudo,
de pálido matiz un friso argenta,
pone toques de luz sobre un escudo,

y en el árido polvo del combate
donde reposa la falange inerte,
como una lluvia de piedad se abate
y acaricia los siervos de la Muerte,

que a deleitar del pueblo los antojos
y del César los bárbaros sentidos,
fueron — en el azul puestos los ojos —
cual rubio trigo del Señor, ¡molidos!

.....

Los mártires del Circo silencioso
donde no crecen victoriosas palmas,
donde asalta la duda como un oso,
¡esperemos!... un grito poderoso
¡vendrá del Cielo a confortar las almas!

PALEMÓN EL ESTILITA.

(Poema.)

PALEMÓN EL ESTILITA.

*Enfuriado el Maligno Spiritu de la devota
e sancta vida que el dicho ermitanno facia,
entróle fuertemiente deseo de facerlo caer en
grande y carboniento peccado. Ca estos e non
otros son sus pensamientos e obras.*

APELES MESTRES. — *Garin.*

Palemón el Estilita, sucesor del viejo Antonio,
que burló con tanto ingenio las astucias del demonio,
antiquísima columna de granito
se ha buscado en el desierto por mansión,
y en un pie sobre la *stela*
ha pasado muchos días
inspirando a sus oyentes
el horror a los judíos
y el horror a las judías
que endiosaron ¡ Dios del Cielo!
que endiosaron a una hermosa
de la vida borrascosa,
que llamaban Herodías.

Palemón el Estilita “era un Santo.” Su retiro
circuían mercadantes de Lycoples y de Tiro,
judaizantes de apartadas sinagogas
que anhelaban de sus labios escuchar
la palabra de consuelo,
la palabra de verdad

que nos salve del castigo
y de par en par el Cielo
nos entregue: solo abrigo
contra el pérfido enemigo
que nos busca sin cesar
y nos tienta con el fuego de unos ojos
que destellan bajo el lino de una toca,
con la púrpura de frescos labios rojos
y los pálidos marfiles de una boca.

Al redor de la columna que habitaba el Estilita,
como un mar efervescente, muchedumbre ingente agita,
los turbantes, los bastones y los brazos,
y demanda su sermón al solitario
cuya hueca voz de enfermo
fuerzas cobra ante la mies
que el Señor ha deparado
a su hoz, y cruza el yermo
que turbaron otros tiempos los timbales de Ramsés.

Y les habla de las obras de piedad y sacrificio,
de las rudas tentaciones del Apóstol, y del vicio
que llevamos en nosotros; del ayuno y el cilicio,
del vivir año tras año con las fieras
bajo rotos quitasoles de palmeras;
y les cuenta lo que es sed y lo que es hambre,
lo que son las noches cálidas de Libia,
cuando bulle de planetas un enjambre,
y susurra en los palmares la aura tibia,

que provocan en el ánimo cansado
de una vida muerta y loca
los recuerdos tormentosos
que en los días pesarosos,
que en los días soñolientos
de tristezas y de calma
nos golpean en el alma
con sus mágicos acentos
cual la espuma débil
toca
la cabeza dura y fría
de la roca.

De la turba que le oía
una linda pecadora
destacóse: parecía
la primera luz del día,
y en lo negro de sus ojos
la mirada tentadora
era un áspid: amplia túnica de grana
dibujaba las esferas de su seno;
nunca vieran los jardines de Ecbatana
otro talle más airoso, blanco y lleno;
bajo el arco victorioso de las cejas
era un triunfo la pupila quieta y brava,
y, cual conchas sonrosadas, las orejas
se escondían bajo un pelo que temblaba
como oro derretido;
de sus manos blancas, frescas,

el purísimo diseño
semejaba lotos vivos
de alabastro,
irradiaba toda ella
como un astro:
era un sueño
que vagaba
con la turba adormecida
y cruzaba
— la sandalia al pie ceñida —
cual la muda sombra errante
de una sílfide,
de una sílfide seguida
por su amante.

Y el buen monje
la miraba,
la miraba,
la miraba,
y, queriendo hablar, no hablaba,
y sentía su alma esclava
de la bella pecadora de mirada tentadora,
y un ardor nunca sentido
sus arterias encendía,
y un temblor desconocido
su figura
larga
y flaca
y amarilla
sacudía:

¡era amor! El monje adusto
en esa hora sintió el gusto
de los séres y la vida;
su guarida
de repente abandonaron
pensamientos tenebrosos
que en la mente
se asilaron
del proscrito
que, dejando su columna
de granito,
y en coloquio con la bella
cortesana,
se marchó por el desierto
despacito...
a la vista de la muda,
¡a la vista de la absorta caravana!...

CIGÜEÑAS BLANCAS.

(Poema.)

CIGÜEÑAS BLANCAS.

Ciconia pietatis cultrix.

PETRONIO.

De cigüeñas la tímida bandada
recogiendo las alas blandamente
paró sobre la torre abandonada
a la luz del crepúsculo muriente ;

hora en que el Mago de feliz paleta
vierte bajo la cúpula radiante
pálidos tintes de fugaz violeta
que riza con su soplo el aura errante.

Esas aves me inquietan : en el alma
reconstruyen mis rotas alegrías ;
evocan en mi espíritu la calma,
la augusta calma de mejores días.

Afrenta la negrura de sus ojos
al abenuz de tonos encendidos,
y van los picos de matices rojos
a sus gargantas de alabastro unidos.

Vago signo de mística tristeza
es el perfil de su sedoso flanco
que evoca, cuando al sol se despereza,
las lentas agonías de lo Blanco.

Con la veste de mágica blancura,
con el talle de lánguido diseño,
semeja en el espacio su figura
el pálido estandarte del Ensueño.

Y si, huyendo la garra que la asecha,
el ala encoge, la cabeza extiende,
parece un arco de rojiza flecha
que oculta mano en el espacio tiende.

A los fulgores de sidérea lumbre,
en el vaivén de su cansado vuelo,
fingen, bajo la cóncava techumbre,
bacantes del azul *ebrias de cielo...*

* * *

Esas aves me inquietan: en el alma
reconstruyen mis rotas alegrías;
evocan en mi espíritu la calma,
la augusta calma de mejores días.

Y restauró del mundo los abriles
que ya no volverán, horas risueñas
en que ligó sus ansias juveniles
al lento crotorar de las cigüeñas.

Ora dejando las heladas brumas
a Grecia piden su dorado asilo;
ora baten el ampo de sus plumas
en las fangosas márgenes del Nilo.

Ya en el Lacio los cármenes de Oriente
olvidan con sus lagos y palmares
para velar en éxtasis ardiente
al Dios de la piedad en sus altares.

Y junto al numen que el romano adora
abre las alas de inviolada nieve;
en muda admiración, hora tras hora,
ni canta, ni respira, ni se mueve.

Y en reposo silente sobre el ara,
con su pico de púrpura encendida
tenue lámpara finge de Carrara,
sobre vivos colores sostenida.

¡Ostro en el pico y en tu pie desnudo
ostro también! ¿Corriste desalada
allá do al filo de puñal agudo
huye la sangre en trémula cascada?...

Llevas la vestidura sin mancilla,
—prez en el Circo— de doncella santa,
cuando cortó la bárbara cuchilla
la red azul de su gentil garganta.

* * *

Todo tiene sus aves: la floresta,
de mirlos guarda deliciosos dúos;
el torreón de carcomida testa
oye la carcajada de los buhos;

la Gloria tiene al águila bravía;
albo coro de cisnes los Amores;
tienen los montes que la nieve enfría
la estirpe colosal de los condores;

y de lo Viejo en el borroso escudo
—reliquia de volcado poderío—
su cuello erige en el espacio mudo
ella, la novia lánguida del Frío!

La cigüeña es el alma del Pasado,
es la Piedad, es el Amor ya ido;
mas su velo también está manchado
y el numen del candor, envejecido.

¡Perlas, cubrid el ceñidor oscuro
que ennegrece la pompa de sus galas!
¡Detén, Olvido, el oleaje impuro
que ha manchado la albura de sus alas

* * *

Turban sus vuelos la voluble calma
del arenal—un cielo incandescente—
y en el dorado límite, la palma
que tuesta el rojo luminar: ¡Oriente!

Tú que adorabas la cigüeña blanca,
¿supiste su virtud? Entristecida
cuando una mano pérfida le arranca
su vagarosa libertad, no anida.

Sacra vestal de cultos inmortales,
con la nostalgia de su altar caído,
se acoge a las vetustas catedrales
y entre sus grietas enmaraña el nido;

abandona las húmedas florestas
para buscar las brisas del verano,
y remonta veloz llevando a cuestras
el dulce peso de su padre anciano.

Es la amiga discreta de Cupido,
que del astro nocturno a los fulgores,
oye del rapazuelo entretenido
historias de sus íntimos amores:

con la morena de ceñida boca,
altos senos, febril y apasionada,
de exangües manos y mirar de loca
que enerva como flor emponzoñada;

o con la niña de pupilas hondas,
—luz hecha carne, floración de cielo!...
que al viento esparce las guedejas blondas
y es la carnal animación del hielo;

con la rubia de cutis perla y grana,
semítica nariz y azul ojera,
que parece, al través de su ventana,
casta virgen de gótica vidriera...

* * *

Esas aves me inquietan: en el alma
reconstruyen mis rotas alegrías;
evocan en mi espíritu la calma,
la augusta calma de mejores días.

Símbolo fiel de artísticas locuras,
arrastrarán mi sueño eternamente
con sus remos que azotan las alturas,
con sus ojos que buscan el Oriente.

Ellas, como la tribu desolada
que boga hacia el país de la Quimera,
atravesan en mística bandada
en busca de amorosa Primavera;

y no ven, cual los pálidos cantores —
más allá de los agrios arenales, —
gélidos musgos en lugar de flores
y en vez de Abril, las noches invernales.

Encanecida raza de proscritos,
la sien quemada por divino sello:
náufragos que perecen dando gritos
entre faros de fúlgido destello.

.

Si pudiesen, asidos de tu manto,
ir, en las torres a labrar el nido;
si curase la llaga de su canto
el pensamiento de futuro olvido;

¡ah! si supiesen que el soñado verso,
el verso de oro que les dé la palma
y conquiste, vibrando, el Universo,
¡oculto muere sin salir del alma!

Cantar, soñar... conmovedor delirio,
deleite para el vulgo; amargas penas
a que nadie responde; atroz martirio
de Petronio cortándose las venas...

¡ Oh Poetas! Enfermos escultores
que hacen la forma con esmero pulcro,
¡ y consumen los prístinos albores
cincelando su lóbrego sepulcro!

Aves que arrebatáis mi pensamiento
al limbo de las formas; divo soplo
traiga desde vosotras manso viento
a cansagrar los filos de mi escoplo:

amo los vates de felina zarpa
que acendran en sus filos amargura,
y lívido corcel, mueven el arpa,
a la histérica voz de su locura.

Dadme el verso pulido en alabastro,
que, rígido y exangüe, como el ciego
mire sin ojos para ver: un astro
de blanda luz cual cinerario fuego.

¡ Busco las rimas en dorada lluvia;
chispa, fuentes, cascada, lagos, ola!
¡ Quiero el soneto cual león de Nubia:
de ancha cabeza y resonante cola!

* * *